

Ven ; ya te espero apasionada y loca,  
Busca el caliente mármol de mi seno,  
Junta despues tu boca con mi boca  
Y á ver si así me salvo ó me condeno.

## XVII.

PEON CONTRERAS (JOSE.)

AL CONQUISTADOR DE ANAHUAC.

\* \* \*

Sin que despues haya vista  
El absorto mundo un hombre  
Que de Hernan Cortés al lado  
La Historia imparcial coloquie.

EL DUQUE DE RIVAS,

¡Paso! . . . A través de la tiniebla umbría  
De los remotos tiempos,  
Tienda su vuelo audaz la fantasía  
Sobre las verdes cumbres,  
Del opulento Anáhuac atalaya;  
Y en las alas atónitas del viento,  
Deténgase un momento  
Del golfo azteca en la arenosa playa.

Unas naves allí . . . sobre los puentes  
La roja llama del incendio huméa,  
De las olas hirvientes  
En el cristal oscuro centelléa;  
Por todos lados pavorosa brilla,  
Vuela en pavesas ígneas el velámen,  
Del aire maravilla,  
Y al crugir el robusto maderámen  
Se hunde en las aguas la cortante quilla.

—«¡Sús! ¡ A las armas!»—grita en la ribera  
Mancebo audaz, alzando la cimera  
Del pavonado casco . . . «¡Por Castilla!»  
Y un viva resonó, tal como suele  
El retumbar siniestro  
Del trueno pavoroso  
Que en la revuelta esfera se dilata.

Lo mismo que bramando se desata  
El aquilon sañudo,  
El altivo escuadron partió ligero,  
Embrazados la lanza y el escudo,  
Al redoblar del atambor guerrero.

No sin tornar al golfo la mirada,  
Allí donde orgullosa se mecía  
En las primeras horas de aquel día,  
A la risueña luz de la alborada,  
Del ave alegre á la primera nota,  
Del ágil marinero á los cantares,  
Juguete de los vientos tutelares,  
Hija del mar, la castellana flota. . . .

Corred, valientes, á la lucha fiera;  
Detrás, la madre patria; á vuestra vista,  
El pomposo laurel de la conquista:  
Los campos ignorados  
Donde tegió riendo placentera,  
La cuna de sus glorias Primavera  
Con las eternas flores de sus prados.

Y era Cortés el que llevado sólo  
De su marcial instinto,  
Cuando brillaba ya de polo á polo  
El sol de Cárlos quinto,  
Iba al fuerte clamor de la victoria,  
Con su espada no más y su fiereza,  
Sin corona y sin cetro,  
A igualar en los fastos de la historia  
La majestad de César con su gloria,  
La grandeza de un Rey con su grandeza.

¡Y era Cortés! . . . marchando valeroso  
Lo imposible á sus piés avasallaba,  
Luchaba con los suyos y triunfaba  
Contra el poder inmenso del coloso.

Si pudo á Moctezuma  
Con su ingenio vencer, áun le esperaba,  
Tranquilo el corazon, fuertes las manos,  
El héroe de los héroes mexicanos. . . .

Préstame, inspiracion, tu sacro númen,  
Enciende mi alma en ardorosa llama,  
Y la vibrante trompa de la fama  
En las ondas del rápido elemento  
Deje suelta la voz. . . . el aire atruene,  
Y en épico cantar mi pensamiento  
Con enérgica rima el mundo llene.  
Firme se apresta la imperial señora  
Del poderoso Anáhuac, á la lucha;  
El caudal de sus armas atesora,  
Y el son guerrero del clarín escucha!  
Tiende sobre ella el pavoroso manto  
La lóbrega tiniebla; no se abate  
Su sien altiva á la inconstante suerte,  
Y resuelta á lidiar hasta la muerte  
Lanza sus bravos hijos al combate!  
Y el batallar comienza pavoroso,  
Corre la sangre en río caudaloso,  
Arde en las plazas la siniestra hoguera,  
Se ve, á su luz, desierta la trinchera  
Y henchido de cadáveres el foso.

¡Todo es gemidos y ayes el espacio,  
Juntos crujen la choza y el palacio,  
Y se alza el sol de Oriente,  
Y se hunde en Occidente,  
Y pasa un día, y otro, y otro día  
Se oculta, y todavía  
Sangre refleja en su nublada frente!  
¡Y sangre se refleja  
En la pálida faz de la alta luna,  
Si es que el humo á su luz el paso deja  
Para quebrar su rayo en la laguna!

Niños, mujeres, débiles ancianos  
Atraviesan las calles solitarias,  
Alzan hambrientos temblorosas manos,  
En el cielo se pierden sus plegarias,  
Y mueren entre escombros  
Al fulgor de cien téas funerarias!  
Mas Guatimoc no cede: airado empufia  
La sangrienta macana, que se embota  
Del castellano en la acerada cota.  
¡Inútil resistir! . . . La muerte trueca  
Cadáver por cadáver, y tirana  
La sangre generosa del azteca  
Mezcla en los surcos con la sangre hispana.  
¡Inútil resistir! . . . Fuerte y altivo,  
Digno de su rival, á quien esquivo  
El hado la faz vuelve, está el guerrero,  
El castellano fiero  
Que á Marte hurtó la poderosa lanza  
Y el invencible acero,  
Rayo fulgente que encendió la gloria,  
Y entre el rudo fragor de la matanza  
Arranca el verde lauro á la victoria!

¡Oh, patria que ensalzó mi idolatría!  
No tengas por agravio  
Que al vencedor de Anáhuac cante el labio  
Que tus victorias pregonar solía.  
Los héroes no tuvieron  
Nunca patria ni hogar; nunca el profundo  
Rencor herirles puede, nunca el dolo.  
¡La patria de los héroes es el mundo!  
¡La gloria de Cortés no es gloria sólo  
De la noble Castilla! ¡El cielo quiera  
Que al resonar mi canto,  
Y su vuelo al tender sobre las olas  
Que abrieron paso al pabellón ibero,  
Desde las verdes playas españolas  
Su nombre extienda al Universo entero!

Y tú, gigante sombra, que apareces  
Girando en torno mio,  
El galardón recibe que mereces.  
Harto en momento impío  
Te hirió la ingratitud cuando apuraste  
El cáliz de la envidia hasta las heces;  
Pues fué tan grande el mundo  
Que legaste á tu patria con tu empeño,  
Que te miró pequeño  
Ante grandeza tanta. . . .  
¡Hoy la posteridad tu nombre canta,  
La vil calumnia desarruga el ceño,  
Y pedestal eterno te levanta!

1877.

A JOSE GARIBALDI.

\* \* \*

Tus brazos, madre tierra, abre tus brazos  
Y estréchalo en tu seno :  
Los ojos que miraron en pedazos  
Volar el fuerte de valientes lleno,  
La diestra poderosa  
Que fulminó la vencedora espada,  
El noble corazon y la hervorosa  
Sangre en las venas yerta y estancada,

Todo eso para ti, para tí séa!  
Nó el valor, nó la luz que centelléa  
En las negras pupilas del guerrero,  
La chispa del acero al golpe rudo  
Del invencible acero  
Que en cien batallas prevalerse pudo :  
La voz de mando. . . . el eco sonoro  
De la trompa marcial, el fragoso,  
Ronco estampido del cañon de Marte,  
Los ecos de la diana  
Cuando tremola el bélico estandarte,  
La libertad ufana,  
En pos del lauro que la gloria envía. . . .  
Eso nó, madre tierra, eso en tu seno  
Caber jamás podría. . . .  
Para tan grande tumba no hay terreno!

Flotando pasa, entre nosotros gira,  
Batallador, tu gigantesca sombra;  
El pensamiento atónico la mira  
Y al verte, el labio, sin querer, te nombra,  
Vuelta la vista á la montafia enhiesta  
En la cumbre contempla tu figura  
Entre el herbaje del fragoso monte,  
Y en pleno día y en la noche oscura,  
En el vago confin del horizonte,  
Y en la vigilia y en el hondo sueño  
Flotando se aparece  
Sobre el alcázar del hendido leño  
Que en las espumas de la mar se mece.

Si aquel tu compatriota, el Dios del verso,  
El genio secular, aquel que tiene  
Por templo de su fama el Universo,  
A su Italia volvierá, y con la lira  
Que hizo pedazos al morir cantára,  
Sobre las nubes de la excelsa gloria,  
O en el oscuro infierno te buscára,  
Para unir su memoria á tu memoria ;  
Ninguno á tus grandezas osaría,  
Garibaldi inmortal, Dante sería  
El solo digno de contar tu historia!

Sol de Caprera que con él te hundiste,  
Amortajando la soberbia frente  
Con los crespones de la noche fría,  
Con él te levantaste en el oriente!  
Y fué tu gloria inmenso reverbero  
Que en luz de libertad, al otro día,  
Iluminaba el Universo entero.

## XVIII.

PLAZA (ANTONIO.)

GOTAS DE HIEL.

\* \* \*

Fragmentos.

Entre las sombras vejetando vivo  
Sin que una luz ante mis ojos rádide,  
E indiferente mi existir maldigo,  
Sin creer en nada, sin amar á nadie.



Para mí la esperanza está perdida;  
Nada me importa mi futura suerte,  
Ni tiene objeto para mí la vida,  
Que el corazón se anticipó la muerte.

A nade importa mi dolor eterno,  
Y vago triste, descreído, aislado,  
Como vaga en los antros del infierno,  
El ¡ ay! desgarrador del condenado.

Mis horas de sufrir son infinitas,  
Horas que el alma de ponzoña llenan,  
Horas de mi expiación, horas malditas,  
Que en el reloj de los infiernos suenan.

¡Ilusiones! ¡Amor! fué necesario  
Que os marcháseis al fin, pero no os siento;  
¡Lentejuelas pegadas al sudario!  
¡Pedazos de oropel que barre el viento!

Ya sin amor, y con la fé extinguida,  
Me burlo de las iras de mi suerte;  
¡Qué carnaval tan necio el de la vida!  
¡Qué consuelo tan dulce el de la muerte.

## XIX.

PRIETO (GUILLERMO.)

COPLAS SENTIDAS.

Blando rumor de consuelo  
Que á hechizar el alma llega,  
Cuando sin rumbo navega  
Bajo tormentoso cielo.

De jazmin dulce perfume  
Que atraviesa la prision \*  
En que herido el corazón,  
De tormento se consume.

Claro destello de aurora  
Que piadoso el cielo envía,  
Al que por la luz ansía,  
Y en honda tiniebla llora

Cielo azul que en lontananza  
Nuestras miradas alienta,  
Porque es nada la tormenta  
Si luce al fin la esperanza.

Dime, encanto seductor,  
Que el alma y la mente inflamas,  
Dime: dí,—¿cómo te llamas?  
—¿Cómo me llaman?—Amor.

Hánme dicho que en la cuna  
Vierte su divino halago,  
Como sobre manso lago  
Blanco reflejo de luna.

Dicen que en la juventud  
Sus alas despliega al viento,  
Y es embriagador su acento,  
Aunque nos cause inquietud.

Dicen que airado ó risueño  
Nos presenta á la beldad,  
Huyendo á la realidad,  
En los vergeles del sueño.

Dicen que genio se llama  
Para el que pulsa la lira,  
Y tiernos cantos inspira,  
Y almas ardientes inflama.

Dicen que aunque transitoria  
Su ala ardiente toque al hombre;  
Le abraza en sed de renombre  
Y entónces se llama gloria.

Y que el alma conmovida  
No distingue en su fervor,  
A eso que llaman amor,  
De lo que llamamos vida.

Que no tenga el campo flor,  
Ni raudal puro la fuente,  
Ni el cielo sol refulgente,  
Como tenga el alma amor.

La vejez sin él ¡Dios mio!  
Es rambla de triste arena . . .  
Es una dura cadena  
Clavada al sepulcro frio.

Es sentirse el hombre muerto  
Y hallar en su corazón  
Las ruinas de un panteon  
Regadas en un desierto . . .

Es palpar la realidad  
De que en el mundo traidor  
Todo es farsa y vanidad,  
Y solo es cierto el dolor.

Caminante fatigado . . .  
Cuán feliz será tu suerte  
Si te sorprende la muerte,  
Sofiendo que eres amado.

## XX.

RAMIREZ (IGNACIO.) «EL NIGROMANTE.»\*

A EZEQUIEL MONTES.

(Enviándole un libro de Fr. Luis de Leon.)

Dulce amigo, recibe con agrado  
La obra de un fraile que pasó su vida  
De lo noble y lo bello apasionado.

La fama le siguió por la escondida  
Senda del huerto donde su alma pura  
Los palacios de jaspe y de oro olvida.

\* Un amigo nuestro nos ha facilitado expresamente para nuestro Almanaque, los siguientes bellísimos tercetos inéditos que fueron probablemente los últimos que escribió este grande hombre mexicano y que fueron dirigidos al notable juriconsulto D. Ezequiel Montes (que acaba también de morir), el día de su cumpleaños, enviándole un libro de Fr. Luis de Leon.

Del órgano las voces resonaron  
En la nave y la oscura galería,  
Y, llena de dolor el alma mía,  
De los ojos mis lágrimas rodaron.

No es esta, dije, la virtud que ansío.  
La virtud es alegre, sin recelo,  
Y aquí se siente desencanto y frío.

Dadme risas de niño, amor sin celo,  
Alma que cante libre en su albedrío,  
Y formaré dentro mi hogar un cielo!

## XXII.

ROA BARCENA (JOSÉ MARÍA.)

FUNDACION DE MEXICO.

\*\*\*  
A mi amigo el Señor Don Angel Núñez.

## I.

Después que el extraño yugo  
Que en sanguinaria la trueca  
Rompióse, á la tribu azteca  
Dejar á Ixtacalco plugo.

Hácia el Norte se adelanta  
Como por instinto vago,  
Y en una roca del lago  
Descubre indígena planta.

Y en rama y hojas, tupidas  
De espina que la resguarda,  
Posaba un águila parda,  
Las grandes alas tendidas.

Ante el nopal y la peña,  
La onda y el águila grave,  
Y áspid inquieto que el ave  
Con pico y garras domeña.

Ve coronado su intento,  
Que son la señal, en suma,  
De que pondrá en esta espuma  
De una ciudad el cimientto.

En insólita alegría  
Trocados ya sus pesares,  
Fama es que en rudos cantares  
El pueblo azteca decía:

## II.

CORO.

Cumplióse del Númen  
La oferta sagrada,  
Y á nuestra jornada  
Aquí damos fin.

Delicias melancólicas apura  
A la sombra del árbol rumoroso,  
En el prado vestido de verdura,  
Al lado del arroyo tortuoso,  
De cuyas ondas y guirnalda el viento  
Sale jugando fresco y oloroso.

Allí le place modular su acento  
Pulsando diestro la amorosa lira,  
Confidente de penas y contento.

Allí la magestad del cielo admira;  
Y á descubrir la misteriosa huella  
De la clara legion osado aspira.

Olvida luego amor, huerto y estrella;  
A la patria dirige una mirada  
Donde pesar, indignacion destella.

Róbale al godo forzador su espada  
La traicion; y al dejar el torpe lecho  
Descubre á su nacion encadenada.

Esto Leon cantaba. Pero estrecho  
Era el Parnaso para tanta idéa  
Que amamantaba en su robusto pecho.  
La docta antigüedad griega y hebréa  
Le enseña los secretos de su idioma  
Y en pró de su país, él los empléa.

Vuelo de águila, arrullo de paloma,  
Un crimen son en quien el mundo pisa  
Despedazando entre Madrid y Roma.  
Tu inocencia en prision solo divisa  
Del Santo Oficio con la luz humosa  
De Felipe segundo la sonrisa.

Y, no te amedrentáste! Y tu gloriosa  
Mision seguiste como vate y sabio.  
Añadir á tu frente esplendorosa  
La corona de mártir no fué agravio.  
De Sócrates la copa envenenada  
Una gota guardó para tu labio.

Las almas fuertes celebrar me agrada  
Hoy que mi excelsa patria se derrumba  
Al peso de una turba degradada.

Escápese su elogio de mi tumba,  
Dando á los viles incesante susto.  
Como un baldon en sus oídos zumba  
El nombre de un varon constante y justo.

Abril 10 de 1878.

## XXI.

RINCON (MANUEL E.)

EL CIELO EN LA TIERRA.

Busqué paz y virtud, y me enseñaron  
Austero claustro y soledad sombría,  
Y ni dicha, ni amores, ni alegría,  
Mis sorprendidos oíos encontraron.